

EL PENSAMIENTO MITICO

I

INTRODUCCIÓN

A M E N U D O podemos apreciar el uso, frecuentemente errado, de la palabra mito en el ámbito normal de la conversación cotidiana, del lenguaje periodístico y aun en el más exigente del ensayo con pretensiones científicas, donde se le emplea sobre todo con una connotación despectiva para aludir a un estado de falsedad, incumplimiento o encubrimiento de realidades del más diverso orden.

Así es posible leer en alguna revista nacional el sugerente título: "Mitos del Siglo xx" y que sirve para mencionar las "verdades" a que habría llegado un investigador de la UNESCO en cuestiones relativas a la adaptación social de adolescentes, frente a la serie de lugares comunes al respecto y que obrarían a la manera de mitos.

Por otra parte, leemos en un diario local la indignada protesta de un profesor universitario que se refiere al "mito de la OEA" comentando la última reunión de cancilleres americanos para estudiar el caso de Cuba.

Más allá nos encontramos con más de algún ensayista político que se lamenta del "Mito de las democracias latinoamericanas" para señalar el caso de encubrimiento hipócrita de realidades sociales y políticas bajo marcos jurídicos aparentemente democráticos.

Todavía más, el vocabulario psicológico ha acuñado el término mitomanía-mitómano, para designar cierta tendencia, de índole patológica, a la fabulación, a la mentira; de ahí que también se le use para nombrar a las personas que faltan sistemáticamente a la verdad.

Frente a este contexto semántico tan desfavorable para un vocablo

como el que vamos a manejar constantemente en este trabajo, tal vez sea necesario efectuar una labor de depuración a la manera como lo ha insinuado Heidegger, para quien la tarea de la filosofía consistiría en gran medida en conservar en su elemental verdad la fuerza de las palabras más comunes, guardándolas del uso cotidiano que tiende a desvirtuarlas hasta lo incomprensible, y que por otro lado sería la fuente de muchos seudoproblemas que entran la libre marcha del filosofar.

Creemos, no obstante, que el sentido de lo mítico se nos irá aclarando paulatinamente a medida que vayamos avanzando en nuestro análisis.

Es necesario anticipar que para nosotros el pensamiento contenido en los mitos de las más diversas mitologías posee un fondo metafísico, aunque de signo diferente a las metafísicas conocidas de los sistemas tradicionales.

El hombre antiguo de la época precientífica disponía de varios instrumentos prácticos de orientación de la vida: los oráculos, la astrología, el examen de las entrañas de las víctimas sacrificadas, etc., en su afán de prever el curso futuro de los hechos con un máximo de precisión. Pero disponía también de un recurso que además de su practicidad ofrece en su origen e intención interpretativa un cierto aspecto de índole teórica. Me refiero, desde luego, al mito.

Es a este aspecto que parece referirse Aristóteles cuando en su *Metafísica* hermana el mito y la filosofía al rastrear el origen común de ambos. "En efecto, nos dice, la admiración ha sido siempre, antes como ahora, la causa por la cual los hombres comenzaron a filosofar. Al principio se encuentran sorprendidos por las dificultades más comunes; después, avanzando poco a poco, plantearon problemas cada vez más importantes, tales, por ejemplo, como aquellos que giraban en torno a los fenómenos de la luna, del sol o de los astros y finalmente los concierne a la génesis del universo. Quien percibe una dificultad y se admira, reconoce su propia ignorancia. Y por ello, desde cierto punto de vista, también el amante del mito es filósofo, ya que el mito se compone de maravillas" (*Met. Lib. A, 2, 982 b*).

Tanto en el mito como en la filosofía se partiría entonces de una conmoción provocada por la admiración, que revelaría un estado de ignorancia, de no saber, de no saber efectivamente a qué atenerse frente a la realidad.

Es curioso que Aristóteles representando un paso tan decisivo respecto de Platón en el proceso de desmitologización del pensamiento filosófico-científico, que por otra parte se ha creído observar en el curso de la evolución de las concepciones del mundo en la historia del pensamiento occidental, insista en unos fragmentos suyos con las siguientes enigmáti-

cas palabras: "Cuanto más solitario estoy, tanto más amigo de los mitos me he vuelto" (F. 668).

¿Qué quiere decir Aristóteles con todo esto?

El sentido de sus palabras nos quedará siempre arcano si no tenemos la sensibilidad suficiente para entender el ingrediente de misterio que encierra todo admirarse, que por otra parte es un abrirse, un despertar a lo universal, la llamada intuición del ser, de la que participan tanto el filósofo como el filómito. Capacidad de misterio que suele embotarse y de la cual el hombre medio de nuestros tiempos parece totalmente desposeído.

ESTRUCTURA Y SENTIDO DEL MITO

La estructura del mito está directamente en función de los grandes interrogantes de orden metafísico que intenta satisfacer.

Así al examinar los productos míticos de los diversos pueblos de la antigüedad, aun los de órbitas culturales más alejadas y extrañas entre sí, es posible observar cierta analogía en su disposición interna, producto de una análoga actitud del hombre antiguo y que se traduce en el llamado comportamiento mítico.

Comienza siempre el relato mítico con una alusión a los orígenes de la constitución del mundo físico, derivado a partir de un caos o abismo iniciales, en la intención de integrar el desorden primigenio de la materia en una forma ordenadora. Los elementos son simbolizados por potencias divinas a cuya detallada genealogía sucede el aparecimiento del primer hombre, fundador remoto del género humano.

Un mito egipcio nos narra de la siguiente manera el acto de la formación del mundo y de la creación del hombre:

"En el *origen* sólo existía el *informe espacio*, el *abismo*. Nun. De Nun nació Ra, el sol, el Creador, el más divino de todos los seres. Todas las formas fueron creadas por él. De su mente surgieron Shu, el aire superior, y Tefenet, el aire inferior. Y de Shu y Tefenet surgieron Keb, la Tierra y Nut el Cielo. Hasta entonces Tierra y Cielo no estaban separados el uno del otro, sino *confundidos*.

De Keb, el padre y de Nut, la madre nació Osiris, y al nacer una voz llenó el mundo:

—¡He ahí Osiris! El Rey de todas las cosas ha nacido.

"Y de la esencia del ojo de Ra nacieron el primer hombre y la primera mujer".

Con ligeras variantes un mito mesopotámico cumple con la estructura ya mencionada y nos dice así:

“En el *origen* sólo existía Apsu el Primigenio y Tiamat el *Caos*. Tierra y Agua estaban *confundidas* y no había suelo donde cosa alguna pudiese crecer. Nada tenía nombre y los destinos no estaban aún señalados.

Pasados eonios y eonios de Tiamat, el *Caos*, la Madre de Todo, surgieron los primeros dioses Lakmuy y Lakhamu.

Pasados eonios y eonios, los dioses vinieron a pensar cómo agua y tierra debían ser separados y los destinos puestos en orden”.

Después de una violenta lucha entre Tiamat, el *Caos*, la Madre, y sus hijos, los demás dioses, el mito termina relatando la creación del hombre con estas palabras:

“Y entonces Marduk abrió su boca y dijo a Anu, a Bel y a Ea:

—“Tomaré mi sangre y conformaré el hueso; crearé al hombre que pueble la tierra a fin de que el esfuerzo de los dioses perdure para siempre”.

El mito, entonces, no sólo es una cosmogonía y una teogonía sino que también y sobre todo una antropogonía, que señala el lugar del hombre en el mundo de los elementos y de los dioses. El hombre surge tardíamente en el proceso de generación mítica y por un acto de voluntad divina.

A este respecto es notable el mito hebreo del Génesis, el dios bíblico crea “*ex nihilo*” y por la palabra, basta que el dios pronuncie la palabra luz para que ésta sea y entre en existencia. Es a esta cualidad divina que parecen referirse los primeros versículos del Evangelio de San Juan. El ser de dios está determinado allí como *logos*, el *verbum* de la traducción latina.

Hay un bello mito maya-quiché que ofrece una sorprendente analogía en este punto con el Génesis. No nos atrevemos a entrar, en esta oportunidad, en el resbaladizo terreno de las influencias, que para nuestro propósito de poco o nada serviría. Me refiero al relato mítico conocido con el nombre de Popol-Vuh, y que comienza así:

“Este es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio, todo inmóvil, callado, y vacía la extensión del cielo.

Esta es la primera relación, el primer discurso. No había todavía un

hombre, ni un animal, pájaros, peces, cangrejos, árboles, barrancos, hierbas, ni bosques, sólo el cielo existía.

No se manifestaba la faz de la tierra, sólo estaban el mar en calma y el cielo en toda su extensión.

No había nada junto que hiciera ruido, ni cosa alguna que se moviera, ni se agitara, ni hiciera ruido en el cielo.

No había nada que estuviera en pie, sólo el agua en reposo, el mar apacible solo y tranquilo. No había nada dotado de existencia.

Solamente había inmovilidad y silencio en la oscuridad, en la noche. Sólo el Creador, el Formador, Tepeu, Gucumatz, los Progenitores, estaban en el agua rodeados de claridad. Estaban ocultos bajo plumas verdes y azules, por eso se les llama Gucumatz. De grandes sabios, de grandes pensadores es su naturaleza. De esta manera existía el cielo y también el Corazón del cielo que este es el nombre de Dios y así es como se llama.

Llegó aquí entonces la *palabra*, vinieron juntos Tepeu y Gucumatz, en la oscuridad en la noche, y hablaron entre sí Tepeu y Gucumatz. Hablaron, pues, consultando entre sí y meditando; se pusieron de acuerdo, juntaron sus palabras y su pensamiento.

Entonces se manifestó con claridad, mientras meditaban, que cuando amaneciera debía aparecer el hombre. Entonces dispusieron la creación y crecimiento de los árboles y los bejucos y el nacimiento de la vida y la creación del hombre. Se dispuso así en las tinieblas y en la noche por el Corazón de Cielo, que se llama Huracán.

Entonces vinieron juntos Tepeu y Gucumatz; entonces conferenciaron sobre la vida y la claridad, cómo se hará para que aclare y amanezca, quién será el que produzca el alimento y el sustento.

—¡Hágase así! ¡Que se llene el vacío! ¡Que esta agua se retire y desocupe (el espacio), que surja la tierra y que se afirme! Así dijeron. ¡Que aclare, que amanezca en el cielo y en la tierra! ¡No habrá gloria ni grandeza en nuestra creación y formación hasta que exista la criatura humana, el hombre formado. Así dijeron.

Luego la tierra fue creada por ellos. Así fue en verdad como se hizo la creación de la tierra: —¡Tierra!, dijeron y al instante fue hecha.

Como la neblina, como la nube y como la polvareda fue la creación, cuando surgieron del agua las montañas; y al instante crecieron las montañas”.

Me he extendido latamente en la lectura de este mito americano no sólo por la belleza ingenua de sus imágenes, símbolos y repeticiones, con alguna que otra incoherencia, sino porque esclarece un aspecto, y en este sentido es paradigmático, del mito que me parece importante recalcar, me refiero al matiz local y personal que le confiere cada pueblo a todo contenido mítico. En este caso lo apreciamos en la ornamenta-

ción de los dioses "ocultos bajo plumas verdes y azules". Las aves vernáculas, entre ellas el Quc o Guc, de ahí Gucumatz, en maya o también conocida bajo el actual nombre de quetzal. Nombre que se hace extensivo a las hermosas plumas verdes de la cola de la misma ave. Los reyes y señores principales de la comunidad usaban dichas plumas como adornos en las grandes ceremonias del pueblo maya.

Esta breve descripción estructural del mito no sería suficiente si no se completase con una interpretación de su sentido más profundo, revelador de una actitud básica del hombre frente a su origen y destino temporales.

¿Qué significa esa preocupación por remontarse a los orígenes más remotos del hombre y de su morada, el mundo?

El comportamiento mítico supone siempre una anulación del tiempo fáctico y a la vez una reintegración a un tiempo sacralizado, en que se logra entrar a un tiempo cualitativamente diferente con la intención de remontar la corriente temporal para reactualizar el momento primigenio del surgimiento y fundación de los diversos modos de lo real. Por eso para Mircea Eliade no hay mito sino hay revelación de un hecho primordial que en su ejemplaridad haya fundado "ya sea una estructura de lo real, ya un comportamiento humano"¹.

En las sociedades primitivas es el hechicero, el chamán, quien mediante el éxtasis logra regresar al momento primordial, originario, en que el hombre vivía feliz y libre en contacto con los dioses y en comunión con los animales cuyo lenguaje comprendía; así el mito patentiza por un lado una unidad ontológica fundamental de los diversos niveles de la realidad a los cuales el hombre estaba perfectamente integrado, en una estrecha "solidaridad de lo viviente" como ha señalado Cassirer al referirse al mismo punto. Y por otro lado una nostalgia de esa edad feliz, una añoranza del tiempo paradisiaco en que el hombre no tenía mayores problemas en su perfecta comunión con lo real; en aquellos tiempos hombres y dioses vivían cercanamente en un perfecto acuerdo, ayudándose mutuamente; pero aquella edad dorada, por alguna falla humana o divina, fue negada al hombre; ello explica que tan sólo algunos pocos, los chamanes, logren tras largos esfuerzos descender a los tiempos originarios. Para el hombre primitivo, entonces, el momento mítico de la creación estaba ya lejano y era necesario traerlo al presente, reactualizándolo a través de la narración mitológica.

Un mito egipcio es ejemplar al respecto y dice:

¹Mircea Eliade. *Mitos, Sueños y Misterios*. Prólogo, pág. 11.

“Largo tiempo reinó Osiris sobre la tierra. Le enseñó a los hombres cómo fabricar utensilios trabajando el metal, cómo sembrar el grano, cocer el pan, fermentar la cerveza, domesticar los animales. En las manos del hombre no había entonces armas homicidas; las palabras eran dulces y nacían del corazón. *La palabra muerte no sonaba en los oídos.* Con Osiris reinaba Isis, su hermana y esposa. Mientras él recorría sus amplios dominios llevando a los hombres la buena nueva a todas partes, Isis gobernaba aconsejada por Tot el sabio. El trigo, la cebada, las frutas, los viñedos crecían en las tierras bien regadas y *los hombres eran felices.* Pero Set no podía contener su ira. Set odia las flores, las verdes campiñas, los frutos, los ganados de lustroso pelo, el canto de las aves gozosas, las dulces palabras de los hombres. Su rabia estalla en tormentas sobre la arena del desierto, se desata en el viento que agita las dunas como bandadas de pájaros malditos, carga las tinieblas de amenazas. Muchas veces Set ha urdido complots contra su hermano Osiris. Pero Isis, que adora a su esposo y conoce el oculto poder de las palabras, los ha descubierto”.

Continúa el relato con la muerte de Osiris a manos de su violento hermano Set, quien posteriormente es derrotado y juzgado por los demás dioses, recuperando el trono el vencedor. Horus, el joven hijo de Isis y Osiris.

Es interesante observar que esta actitud mítica, nostálgica de una edad dorada, persiste en la actualidad bajo el pensamiento de que todo tiempo pasado fue mejor. El sociólogo francés Alfred Sauvy, en una conferencia pronunciada en Concepción, en agosto del año 1962, acerca de: “El Mito de la Edad de Oro”, ofrecía interesantes observaciones sobre el particular, aunque parece no comprender el sentido y función trascendentes de semejante actitud que, desde luego, escapan a sus averiguaciones sociológicas².

²“Ya hacia 1925 —expresa— la época que va desde 1900 a 1914 había abandonado la edad ingrata para tomar el aspecto, siempre seductor, de lo pasado. Después de la Segunda Guerra Mundial se produjo una especie de explosión nostálgica. La radio, los diarios, como también las conversaciones, *reconstituyeron el mito del Paraíso Perdido.* Esta época, como ha sido expresado en todos los tonos, se destacaba por la despreocupación y la felicidad.

He aquí un extracto del “Combat” (14 de enero de 1959) :

“Con Andrés de Fouquieres, es toda una época la que definitivamente desaparece: La Bella Época. La Bella Época que era, al mismo tiempo, el último testimonio, la suprema encarnación y el último portaestandarte.

Una época que fue fácil, alegre, en la que Francia poseía una riqueza sin igual, en la que se había convertido en el banquero del mundo, etc. . . .”.

Más adelante continúa el sociólogo

Es claro que hay un mito: el Popol-Vuh, ya visto en su parte inicial, que al hundir sus raíces en el pasado en su afán de mantenerlo viviente, parece contener una anticipación de un futuro humano, de una clarividencia extraordinaria para nuestros tiempos. Se nos refiere allí la tragedia del hombre en el momento en que los animales y las cosas, aun las creadas por su mano, se vuelven en su contra, tal vez por un fatal y temprano olvido de los orígenes. Textualmente señala:

“Y esto fue para castigarlos porque no habían pensado en su madre, ni en su padre, el Corazón del Cielo, llamado Huracán. Y por este motivo se oscureció la faz de la tierra y comenzó una lluvia negra, una lluvia de día, una lluvia de noche.

Llegaron entonces los animales pequeños, los animales grandes, y los palos y las piedras les golpearon las caras. Y se pusieron todos a hablar; sus tinajas, sus comales, sus platos, sus ollas, sus perros, sus piedras de moler, todos se levantaron y les golpearon las caras.

Desesperados (los hombres) corrían de un lado para otro, querían subirse sobre las casas y las casas se caían y los arrojaban al suelo, querían subirse so-

francés con una muestra de la revista “Realidades” que en su número de febrero de 1956, “nos dice según su encuesta: “la mitad de los franceses habrían deseado vivir en 1900”.

Pero rebate Sauvy, “en el artículo ni se hace mención de los cien vagabundos o mendigos que deambulaban por París (de 1900) ni de la semana de sesenta horas sin feriado, sin seguro social, ni tampoco de cuchitri-les, ni de la expulsión por embargo de bienes; tampoco se hace mención de la mortalidad infantil que era cinco veces más alta que hoy día”.

En un párrafo dedicado a la utilidad y alcance del mito se expresa así: “Todos los individuos y grupos sociales tienen afición por el mito en mayor o menor medida, pero en desigual forma. De un modo general se puede decir que son las personas de edad, los conservadores, los pueblos sin ideal, los que más a menudo se inclinan a extrañar y deformar el pasado.

Los jóvenes, que son los grupos encargados del futuro, están menos sujetos al mito”.

Aunque líneas más adelante reconoce que: “a veces, incluso el mito de la edad de oro, por obsesivo que sea, en ninguna forma impide la marcha hacia adelante”.

En suma, el mito para Sauvy, vendría a responder a una necesidad humana, vendría a ser una especie de derivativo necesario en un momento de crisis en que obraría a la manera de consuelo de la conciencia individual. Para una nación, para un grupo, “sin embargo no puede ser lo mismo” porque “para los prerrevolucionarios, el mito del bendito pasado puede coexistir con la esperanza y con el optimismo; pero es preciso que se trate del optimismo activo, del optimismo creador, el de los franceses de 1914 y no del optimismo pasivo, el de 1939”, nos termina diciendo el profesor francés.

bre los árboles y los árboles los lanzaban a lo lejos, querían entrar a las cavernas y las cavernas se cerraban ante ellos.

Así fue la ruina de los hombres que habían sido creados y formados, de los hombres hechos para ser destruidos y aniquilados, a todos les fueron destrozadas las bocas y las caras”.

¿No es esta en cierto modo una pre-visión de nuestro presente y acaso de nuestro inmediato futuro, en que ciertas creaciones humanas, los llamados inventos, como que se vuelven en contra de las propias intenciones de su creador? Parece que el mito estuviera allí señalándonos un camino.

Por eso, para nosotros, el mito no es una simple fábula o leyenda, un juego de imaginación intrascendente, sino que muestra la trágica aventura existencial del hombre que en su afán de huir del tiempo, de la “muerte astutamente entrometida en la vida” como ha dicho Ortega en alguna ocasión, busca anularlo saliéndose de su fluir, reintegrándolo a los inicios, cuando todavía no había tiempo, porque nada había entrado en existencia plena. Frecuentemente se ha señalado la intemporalidad en que parece moverse la narración mitológica, como en un eterno presente perpetuamente reactualizado y reactualizable a la manera de la acción dramática que está ahí, a la espera que la revivamos en cualquier momento.

De esa forma el hombre mítico rememora y asume su origen y condición primera. En este sentido cumpliría el mito una función formadora, orientadora y reguladora de la conducta para el hombre antiguo. No es extraño entonces que la fuente de las virtudes heroicas —de la *areté* en general— se encuentre, para los griegos de la nobleza primitiva, en los libros homéricos, donde los héroes míticos rigen su vida por los estrictos principios éticos del deber y del honor.

Así las cosas, el mito además de una cosmovisión adecuada a un tipo de mentalidad, a la que más adelante nos aproximaremos, sería también un código de principios éticos y actuaciones arquetípicas que obrarían a la manera de modelos ejemplares de conducta, funcionando como un eficaz instrumento eto-pedagógico en las comunidades primitivas.

LENGUAJE Y PENSAMIENTO MÍTICOS

Frecuentemente le ha sido negada a la función mitificadora la categoría de pensamiento, desde las afirmaciones de M. Müller, a fines del siglo pasado, para quien el mito no era más que un producto patológico del pensamiento humano y por ende del lenguaje, en el supuesto de una esencial reciprocidad de ambos.

Sin embargo, a partir de las exhaustivas y valiosas investigaciones de Ernesto Cassirer, que han demostrado la existencia y funcionamiento de una serie de categorías del pensamiento mítico correspondientes a una conciencia mitopoyética, es posible hablar sin mayores reticencias de un pensamiento mítico con una estructura peculiar y que se expresaría paralelamente en un lenguaje adecuado.

El lenguaje usado por el hombre primitivo en sus creaciones mitológicas podría caracterizarse como imaginativo-emocional, poético en suma, y revelador de una singular visión unitaria y dramáticamente animada de la realidad. Su vehículo expresivo es la imagen, la metáfora y sobre todo el símbolo. Aunque es necesario advertir que el sustrato metafórico que anima las creaciones míticas no es signo de un capricho retórico-poético sino que obedece a una interna necesidad expresiva acordada a su índole intuitiva, ya mencionada.

En realidad, fue J. B. Vico, el célebre humanista italiano, quien demostró la inherente necesidad de un origen común de las lenguas y de la poesía. El nacimiento paralelo de las primeras hablas con la poesía lo atribuye Vico a una necesidad de comunicación, de interpretación del contorno que rodeaba al hombre antiguo y por otra parte de hacer su relación para que la posteridad tuviese testimonio de su paso por la tierra. Con estas afirmaciones Vico se anticipa genialmente en más de ciento cincuenta años a los resultados de las investigaciones estético-históricas del presente siglo.

Hablando de los primeros tropos usados por el hombre antiguo nos dice en la "Ciencia Nueva": "el más luminoso de los cuales (tropos) y por ende el más necesario y frecuente es la metáfora, que es elogiada ante todo cuando da sentido y pasión a las cosas sensibles en conformidad con la metafísica recién expuesta; pues los primeros poetas daban a los cuerpos el ser de sustancias animadas, si bien sólo les daban lo que ellos mismos tenían, o sea, sentidos y pasiones y *con ello crearon los mitos*"³. En seguida enumera una serie de nombres que son usados traslaticiamamente para designar objetos inanimados y que corresponden ya a partes del cuerpo del hombre ya a acciones propiamente humanas, como el decir *cabeza* por *cumbre* y *principio*, *boca* por *apertura*, *corazón* por *centro*; o expresiones como *brazo de río*, *el viento silba*, etc., y que muestran una característica del antiguo de constituirse —como apunta Vico— "en regla del Universo". Lo que quiere decir que el modelo de interpretación que regula la creación mítica es el hombre y la sociedad

³J. B. Vico. Principios de una Ciencia Nueva en torno a la Naturaleza Común de las Naciones. Sección II. Cap. II. Págs. 346-7.

humana. Hay, por lo tanto, una proyección de lo humano en lo cósmico y físico y no a la inversa.

Lenguaje y mito parecen, pues, estar en una correlación originaria e indisoluble y a partir de cuya unidad inicial habríanse ido paulatinamente separando como funciones independientes⁴.

Ahora, si averiguamos la etimología de la palabra mito nos encontramos con que proviene de la expresión Μῦθος, que en griego significa precisamente "palabra", con su correspondiente verbal Μυθεῖω, decir. Pero resultan ser una palabra y un decir en que predominan las ideas de esconder, ocultar. Por ello que el vocablo pariente Μῦω (emparentado a su vez con el latino mutus, mudo) signifique también cerrar. En el caso del hablar mítico, entonces, se trataría de un decir velado que a su manera revela lo oculto, lo misterioso; semejante a la realidad, que entendida como physis, le gusta esconderse, darse en el modo de lo oculto, según el enigmático decir de Heráclito. Por eso la metáfora es la que al señalar indirectamente una cosa con el nombre de otra crea un ámbito propicio en que se muestra una realidad soslayándola, ambiguamente, al modo del oráculo delfico "que ni oculta ni expresa su pensamiento sino que lo hace ver por un signo" de acuerdo al conocido fragmento heraclíteo.

El tránsito del pensar en mitos al pensar en logos se efectúa lenta y trabajosamente en los filósofos griegos. Desde la indistinción inicial de los presocráticos, en quienes, a pesar de sus frecuentes apelaciones al logos, al decir revelante y ordenador, no se logra decantar una expresión adecuada a los niveles del pensar que ya han cambiado. Por eso estamos de acuerdo con la opinión de que la presocrática sólo cobra significado para el continuo del pensar filosófico en occidente en tanto constituye un comienzo que consigue proyectarse en una serie de pensadores posteriores, que son precisamente los que confieren sentido a los vacilantes inicios.

Así la palabra mítica sería reveladora de un misterio, lo que tal vez pudiera parecer paradójal, en el sentido de que patentiza de un modo peculiar lo no dado inmediatamente, lo oculto y velado a la mirada humana. Pero, y esto es muy importante y aleja al mito de la poesía con la cual podría confundirse por usar de los mismos instrumentos expresivos, no es el mito únicamente expresión reveladora sino que intenta

⁴Ernst Cassirer. *Language and Myth. The Power of Metaphor*. Pág. 88. En este librito traducido al inglés

por Susanne Langer el investigador alemán llega a una conclusión semejante a la apuntada más arriba.

sobre todo participar en lo revelado por medio de dos caminos: el símbolo y el ritual, la palabra y la acción.

En el símbolo significado y significante están trabados en una singular relación de homogeneidad; en un sentido concreto representante (palabra-símbolo) y representado (lo real múltiple) en el ámbito de lo mítico son intercambiables dada la fundamental analogía óptica en la concepción mítica de lo real. La palabra simbólica no sólo simboliza al modo como lo hace en poesía sino que además es participación en el ser de lo simbolizado y con ello lo mítico linda con la creencia mágica de que la parte representa al todo como en el caso de la magia simpática contaminante, según la nomenclatura establecida por el antropólogo J. Frazer, y para la cual todo aquello, pelo, uñas, vestidos, sombra, etc., que esté o haya estado en contacto con alguien queda en una relación tal que lo que se obre en una producirá análogos resultados en la otra. De ahí que exista la posibilidad de dañar a alguien actuando sobre esos elementos, ya sea flechando su sombra o quemando su pelo, por ejemplo; o como ocurre en el caso de la magia hemeopática, para seguir con las denominaciones del antropólogo inglés, que basada en la ley de semejanza cree poder actuar a distancia, de acuerdo al principio de simpatía de lo real, de tal modo que una figura tallada en madera o barro que copie o reproduzca la forma de algo, animal o enemigo, representa eficazmente lo copiado para los efectos de su destrucción y muerte. Esta creencia se hace extensiva al uso de las palabras y especialmente de los nombres personales; en un interesante capítulo dedicado a las palabras tabuadas nos dice J. Frazer que: "Incapaz de diferenciar claramente entre palabras y objetos, el salvaje imagina, por lo general, que el eslabón entre un nombre y el objeto u objeto denominado no es una mera asociación arbitraria e ideológica, sino un verdadero y sustancial vínculo que une a los dos de tal modo que la magia puede actuar sobre una persona tan fácilmente por intermedio de su nombre como por medio de su pelo, sus uñas o cualquiera otra parte material de su persona. De hecho el hombre primitivo considera su nombre propio como una parte vital de sí mismo, y en consecuencia lo cuida"⁵. La función de las palabras tabúes consistiría, entonces, en proteger a las personas o elementos designados de toda acción nociva o perjudicial a su integridad en el supuesto de la esencial participación de la palabra en el ser de lo mentado.

Del mismo modo la palabra mítica en función simbolizante, en una

⁵Sir James George Frazer. *La Rama Dorada. Magia y Religión*. Capítulo xxii. Palabras Tabuadas. 1. Nombres personales tabuados. Pág. 290.

secreta participación con el ser, es una puerta abierta hacia el misterio, a través de la cual el hombre puede transitar en su búsqueda.

Aun cuando en la experiencia poética también suele darse una situación parecida, aunque de sentido diferente, pues el gran poeta logra tener acceso a las raíces mismas del ser, al fundamento, por intermedio del vehículo de la palabra creadora, creadora de situaciones poéticas en cuya vorágine de metáforas, imágenes y símbolos retoma contacto intuitivamente con los orígenes.

Pero la gran diferencia entre el mito y la poesía, entre la palabra mítica y la palabra poética, consiste en que aquél no sólo intenta participar en lo real por la palabra sino además por el rito, por la acción ritual, inducida precisamente por el relato de los acontecimientos que dieron origen al mundo y al hombre. Todo mito desemboca obligadamente en la acción ritual repetidora.

Se sabe que los babilonios acostumbraban no sólo a recitar las epopeyas míticas de la Creación sino que representaban en sus festivales de Año Nuevo el triunfo de Marduk sobre su madre, la diosa Tiamat, símbolo del Caos y de cuya correcta representación ritual dependía el éxito de las cosechas tanto como del esforzado trabajo de los hombres de campo.

Ciertos festivales ígnicos en Europa tienen por objeto imitar el curso del sol. Las fiestas ígneas más importantes coinciden con los momentos precisos en que el sol alcanza los puntos de máxima y mínima potencia calórica, es decir, con los solsticios de verano e invierno, respectivamente. En dichas ceremonias es tradicional echar a rodar una rueda ardiendo a imitación del curso del sol en su carrera celeste, imitación apropiada en el solsticio de verano cuando el sol comienza su período de declinación anual. Es creencia fuertemente arraigada entre los campesinos de orillas del Mosela que el éxito de la vendimia depende estrechamente de la eficacia de la correcta celebración de dichas fiestas.

Con ello el hombre de la época mágica intenta ayudar al curso normal de los momentos más relevantes de la vida cósmica en todas sus direcciones.

Resumiendo, podemos apreciar que el decir mitológico tiene resonancias mucho más profundas para el hombre de conciencia mágico-primitiva y que afectan a su actitud total frente al mundo y frente a sí mismo, que la palabra en trance poético para un hombre civilizado, que sólo conmueve su estructura intuitivo-emocional.

LA MENTALIDAD MÍTICA

Respecto de la índole o naturaleza de la mentalidad del hombre primitivo, fabricante de mitos, las interpretaciones de los antropólogos, que han usado la lógica como criterio de distinción, han oscilado desde la teoría de la mentalidad "pre-lógica" de L. Levy Bruhl hasta las afirmaciones del norteamericano F. Boas, para quien la mentalidad del hombre primitivo es tan lógica como la del hombre civilizado, sólo que diversamente solicitada por requerimientos circunstanciales, sobre todo sociales, también diversos y a los cuales respondería adecuadamente. Aún más para Boas la actitud mental del individuo "que desarrolla las creencias tribales" es "exactamente igual a la del filósofo civilizado"⁶. Sus tesis, especialmente la última citada, han sido continuadas, con abundante material de observaciones directas, por su discípulo P. Radin, quien en una obra recientemente traducida al español —*El Hombre Primitivo como Filósofo*— trata de demostrar, aunque con cierta pobreza teórica, la existencia de formulaciones filosóficas entre los aborígenes de tribus norteamericanas.

Es claro que hay que reconocer, haciendo honor a la verdad y a la figura de un hombre venerable como fue Levy Bruhl, que en sus escritos hay una evolución en cuanto a la manera de entender la conducta pre-lógica del hombre incivilizado, desde sus ensayos primerizos y más conocidos sobre "Las funciones mentales en las sociedades inferiores" y "La mentalidad primitiva" en que caracteriza la mente pre-lógica como una forma de pensar que no se halla sometida a la ley de contradicción, sino que apoyada en la representación mítica, admite la existencia de seres contradictorios en virtud de una especie de "ley de participación" que regiría su modo de operar. Así, por ejemplo, los Trumao, una tribu del Norte del Brasil, dicen ser animales acuáticos, en cambio los Bororó, tribu vecina, se vanaglorian de ser papagayos rojos. No es un parentesco lo que ellos proclamarían sino una identidad esencial y todo esto gracias a un lazo místico entre ambos, lazo comprendido, desde luego, bajo la mencionada ley de participación. A partir de estos ensayos, entonces, la mentalidad en cuestión sería mística si se atiende al contenido y pre-lógica si se mira al tipo de relaciones establecidas entre los contenidos, hasta los pensamientos póstumos del ilustre sabio francés, reunidos en "Les Carnets", en que parece rectificar sustancialmente sus primeros puntos de vista.

De todas maneras, las tales descripciones parecen limitarse por una

⁶Franz Boas. *The Mind of Primitive Man*. Chap. 7. Págs. 136-7.

parte: a un análisis del funcionamiento estructural de la conciencia primitiva y por otra a establecer distingos apoyándose en una estrecha concepción de la lógica operante en el pensamiento científico del hombre civilizado e intelectualizado.

Pero es el caso que las diferencias existen y no es legítimo aproximar demasiado ambos tipos de mentalidad sin caer en confusiones.

Nos parece que el problema ofrece una favorable perspectiva si lo miramos desde otro ángulo. Es decir, si consideramos que toda conciencia es conciencia intencional de . . . , está por su esencia referida, orientada hacia el mundo. Todo pensar, y tomo aquí la palabra en toda la amplitud semántica en que la usa Descartes, es pensar en algo, acerca de algo, de la realidad. Entonces, ¿cómo se presenta ese algo, la realidad a la mente primitiva? En otras palabras ¿cuál es la concepción básica de la realidad que anima los productos míticos? Mejor todavía ¿cómo percibe su entorno el hombre primitivo?

En verdad cualquier respuesta en este sentido parece peligrosa y aventurada, aun cuando en un punto parecen coincidir las observaciones: la conciencia mítica percibe la realidad como algo viviente, rebosante de vitalidad.

Es interesante hacer notar al respecto que la evolución observada en las diversas concepciones de la naturaleza, dadas en la historia del pensamiento occidental, se presente coincidiendo con un progresivo proceso de desmitologización, desde la concepción griega de la realidad como "physis", concepción orgánica y por lo tanto viviente de lo real. Para Aristóteles, por ejemplo, cada ente natural o "físico" tiene en sí mismo un principio de movimiento, porque la "physis es un principio y una causa de movimiento" (Física - Lib. II - 192 b -10-20). La física de Aristóteles resulta ser una ciencia de lo vivo. Desde luego que lo viviente posee para los griegos una mayor amplitud que para nosotros; no sólo los hombres, los animales y las plantas eran vivientes sino también los ríos, las fuentes, las rocas, los elementos y los astros. Hasta la concepción moderna de un Newton o un Kant, para quienes la naturaleza no es otra cosa que un complejo de relaciones matemáticas para el primero o la mera legalidad de los fenómenos en el tiempo y en el espacio para el segundo. La física newtoniana considera sólo masas que se mueven obedeciendo a leyes impersonales, esto es, mecánicamente. Por eso Kant que trabaja sobre los resultados de la física matemática de Newton, en su "Crítica de la Razón Pura" restringe el concepto de la naturaleza excluyendo de él a lo viviente. Así la naturaleza resulta ser idéntica al objeto de la mecánica.

No es raro entonces que Goethe se haya levantado contra la física

de los colores propuesta por Newton; el alemán como artista estaba más cerca de una visión mítica totalizadora de la realidad que de la esquematizada interpretación del físico inglés.

La percepción mítica de lo real ya mencionada posibilita un diálogo entre hombre y mundo a un nivel que podría servir como clave para establecer una separación entre las especulaciones físicas de los tempranos pensadores presocráticos y las animadas cosmovisiones del hombre precientífico.

Para el primitivo el mundo integrado de lo viviente se le presenta como un *tú* frente al cual sólo cabe un tipo de relación personal establecido en los términos *YO-TU*, a la inversa del modo impersonal de trato del tipo *YO-ELLO* que se establece en el pensar científico, desde las embrionarias especulaciones de los "fisiólogos" griegos hasta los más refinados sistemas físico-matemáticos de la actualidad⁷.

Se abre, así, un abismo, quizá insalvable, que afecta gravemente a la relación hombre-mundo a tal punto que el hombre europeo, moderno y contemporáneo, ha perdido la vinculación ingenua con su realidad natural, apareciendo como un extraño frente a ella, perdido en un mundo tecnificado de artificialidades mecánicas en el cual hasta los ritmos más elementales de la vida aparecen gravemente atenuados y aun olvidados.

Prueba de ello es la explosión romántica europea que impregnó todas las actividades espirituales en su intención de recobrar los lazos orgánicos de comunicación con lo real.

Creemos, sin embargo, que dicha actitud no se ha perdido del todo y se encuentra refugiada aún entre nosotros en las gentes de mentalidad ingenua: el campesino, los niños y en alguno que otro poeta, el más ingenuo de todos los hombres.

Un poema de Nicanor Parra nos sirve al respecto para confirmar nuestra aserción última, en la primera estancia de Ejercicios Retóricos, aparecido en el primer número de la revista "Extremo Sur", nos dice así:

*Un espíritu atribuyo a las cosas
Un alma que sufre y llora,
Una mente que lucha por liberarse de las tinieblas que la envuelven,
Una voz y un eco que las sigue.
Poseen un corazón sediento de justicia.
El cielo, la tierra, las aguas que se juntan*

⁷Los investigadores de la Universidad de Chicago, H. y H. A. Frankfort, han desarrollado esta interesante relación de tipo personalizado propia

del hombre antiguo, en un artículo aparecido en la colección Breviarios del F. C. E., titulado: "El Pensamiento Prefilosófico (I)".

*Los árboles que se buscan en la oscuridad,
Como los amigos al caer el crepúsculo.
Están llenos de una sustancia sensible al placer y al dolor.
Y las piedras son los asientos de un fantasma que gime en las noches de
[invierno*

*Los animales y las flores sueñan en un mundo mejor
Y las rocas suelen sufrir algunas espantosas enfermedades.
Expuestos al amor y a los celos están también los objetos contruidos por la
[mano del hombre.*

*Los puentes y los túneles tienen sus propios problemas
Y hasta las más sólidas catedrales están llenas de temores y dudas.*